

## AUDIENCIA GENERAL DE PABLO VI

Miércoles, 15 de noviembre de 1972

### EL MALIGNO

¿Cuáles son hoy las mayores necesidades de la Iglesia?

No consideréis como simplista, o aún más, como supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las mayores necesidades de la Iglesia es la defensa de aquel mal que llamamos el Demonio.

Antes de aclarar nuestro pensamiento, invitamos al vuestro a que se abra a la luz que la fe arroja sobre la visión de la vida, visión que desde este observatorio es inmensamente amplia y singularmente penetrante en su profundidad. Y, por cierto, el cuadro que se nos invita a contemplar en su conjunto es muy bello. Es el cuadro de la creación, la obra de Dios, que Él mismo admiró en su belleza sustancial por ser espejo exterior de su sabiduría y potencia.

Es también muy interesante el cuadro de la dramática historia de la humanidad, de la cual surge la historia de la Redención, la historia de Cristo, la de nuestra salvación, con sus estupendos tesoros de revelación, de profecía, de santidad, de vida elevada al nivel sobrenatural, de promesas eternas. Si se sabe mirar este cuadro, es imposible no maravillarse ante él. Todo tiene un sentido, todo tiene un fin, todo tiene un orden, y todo deja entrever una Presencia a la vez que una Trascendencia; un Pensamiento, una Vida, y finalmente un Amor, de modo que el universo –por aquello que es y por lo que no es– se nos presenta como una preparación entusiasmante de algo todavía más bello y más perfecto. La visión cristiana del universo y de la vida es por tanto triunfalmente optimista; y esta visión justifica nuestro gozo y nuestro reconocimiento de vivir por ello celebrando la gloria de Dios.

### LA ENSEÑANZA BÍBLICA

Pero, ¿es completa esta visión? ¿Es exacta? ¿No nos importan nada las imperfecciones que hay en el mundo? ¿Las desavenencias de distintas cosas respecto a nuestra existencia? ¿El dolor, la muerte? ¿La esclavitud, la crueldad, el pecado, en una palabra, el mal? ¿Y no vemos cuánto mal hay en el mundo? ¿Especialmente, cuánto mal moral, que va al mismo tiempo contra el hombre y contra Dios? ¿No es esto un triste espectáculo, un misterio inexplicable? ¿Y no somos nosotros, precisamente nosotros seguidores del Verbo y cantores del bien, nosotros creyentes, los más sensibles, los más impactados por la observación y por la experiencia del mal? Lo encontramos en el reino de la naturaleza, donde tantas manifestaciones parece que denuncian un desorden. Después lo encontramos en el ámbito humano, donde vemos la debilidad, la fragilidad, el dolor, la muerte, y tantas cosas peores. Una doble ley contradictoria: una que quiere el bien, y otra que por el contrario tiende al mal, tormento que san Pablo expone para demostrar la necesidad de una gracia salvífica, de la salvación traída por Cristo (Cf. Rom 7) Ya el poeta pagano había denunciado este conflicto interior en el mismo

corazón del hombre: “Veo el bien y lo apruebo, pero obro el mal” (Ovidio, met. 7, 19) Encontramos el pecado, perversión de la libertad humana y causa profunda de la muerte porque separa de Dios, fuente de la vida (Rom 5, 12) y después, a la vez, ocasión y efecto en nosotros y en el mundo de un actor oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es sólo una deficiencia, sino una acción, un ser vivo, espiritual, pervertido y capaz de pervertir. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa.

Está fuera de la enseñanza bíblica y eclesial quien se niega a reconocer su existencia. O quien no acepta que sea un principio en sí mismo, que tenga –como toda criatura- su origen en Dios. O quizá que la explica como una pseudorealidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias. El problema del mal, visto en su complejidad, y visto en su absurdez desde nuestra racionalidad unilateral, se convierte en una obsesión. Esto constituye la mayor dificultad en nuestra comprensión religiosa del cosmos. No por casualidad sufrió san Agustín tantos años: “Buscaba de dónde venía el mal, y no encontraba explicación” (Confesiones, VII, 5, 7, 11 etc.)

Por todo esto, tener en cuenta el mal es muy importante a la hora de alcanzar una correcta concepción cristiana del mundo, de la vida y de la salvación. Primero en el desenvolvimiento de la historia evangélica al comienzo de la vida pública; ¿Quién no recuerda el pasaje riquísimo en significado de las tres tentaciones de Cristo? ¿Y los numerosos episodios evangélicos en los que el demonio se entrecruza en los pasos del Señor o aquellos en los que aparece en sus enseñanzas? (Cf. Mt 12, 43) ¿Y cómo no recordar que Cristo en tres ocasiones se ha referido al Demonio como su adversario, calificándolo como el “príncipe de este mundo”? (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11) Y cómo su nefasta presencia está señalada en muchísimos momentos del Nuevo Testamento. San Pablo lo llama el “dios de este mundo” (2 Cor 4, 4) y nos pone sobre aviso acerca de la lucha contra la oscuridad, que nosotros cristianos debemos sostener no con un solo demonio, sino con una pavorosa pluralidad de ellos: “Revestíos –dice el Apóstol- de la armadura de Dios para poder afrontar las insidias del diablo, porque nuestra lucha no es sólo contra la sangre y la carne, sino también con los principados y potestades, contra los dominadores de las tinieblas, contra los espíritus malignos” (Ef 6, 11-12)

Y que se trata de muchos demonios lo indican distintos pasajes del Evangelio (Lc 11, 21; Mc 5, 9) Pero uno principalmente: Satanás, que quiere decir el adversario, el enemigo; y con él muchos, todos criaturas de Dios, pero degenerados, porque se rebelaron (Cf. Denzinger 400-428) Todo un mundo misterioso, estremecido por drama gravísimo, del que conocemos bien poco.

## EL ENEMIGO OCULTO QUE SIEMBRA ERRORES

Conozcamos todavía más cosas de este mundo diabólico, que tiene relación con toda nuestra vida y con toda la historia humana. El Demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; Él fue el tentador falso y fatal del primer pecado, el pecado original (Gn 3; Sb 1, 24) Desde aquella caída de Adán el Demonio adquirió un cierto poder sobre el hombre, del cual sólo podemos ser liberados por la Redención de

Cristo. Es una historia que dura todavía: recordamos los exorcismos del bautismo y las frecuentes referencias de la Sagrada Escritura y de la liturgia sobre el agresivo y opresor “poder de las tinieblas” (Cf. Lc 22, 53; Col 1, 13) Es el enemigo número uno, el tentador por excelencia. Sabemos por tanto que este ser oscuro y turbador existe verdaderamente, y que con gran astucia actúa todavía. Es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana. Podemos recordar la reveladora parábola evangélica sobre el grano y la cizaña, síntesis y explicación del sin sentido que parece guiar nuestros acontecimientos contradictorios: “Algún enemigo ha hecho esto” (Mt 13, 28) Es “el homicida desde el principio... el padre de la mentira” como lo definió Cristo (Jn 8, 44-45) Es el sofista que tienta el equilibrio moral del hombre. Es el perverso y astuto encantador, que sabe cómo insinuar –por la vía de los sentidos, de la fantasía y de la concupiscencia, por medio de la utopía, o a través de las desordenadas realidades sociales que surgen del juego de nuestra acción- para introducir desviaciones, tanto más nocivas cuanto más parecen concordes a nuestra estructura física o psíquica, o a nuestros instintos, o a nuestras aspiraciones.

Estaría todo esto influido por el demonio, de tal modo que puede obrar sobre las personas individuales, como también sobre la comunidad, la entera sociedad, o sus acontecimientos; esta verdad forma un capítulo importante en la doctrina católica que debe ser retomado, ahora que tan poco se estima. Algunos creen que se debe encontrar una comprensión sobre esta cuestión en los estudios psicoanalíticos y psiquiátricos o en experiencias espirituales, hoy en día tan difundidos en algunos países. Se teme recaer en viejas teorías maniqueas, o en pavorosas divagaciones fantásticas y supersticiosas. Hoy se prefiere mostrarse fuerte y sin prejuicios, vestirse de positivistas, para dar fe después a supersticiones mágicas y populares, o peor, para abrir la propia alma –¡el alma bautizada y tantas veces visitada por la presencia eucarística y habitada por el Espíritu Santo!- a las experiencias licenciosas de los sentidos, a aquellas ilusiones de los estupefacientes, como también a las seducciones ideológicas de los errores de moda, grietas por las que el Maligno puede penetrar y alterar fácilmente toda la mentalidad humana. No se ha dicho que todo pecado se deba directamente a la acción diabólica (Cf. Summa, 1, 104, 3); Pero es verdad que el que no se vigila con rigor moral (Cf. Mt 12, 45; Ef 6, 11) se expone al influjo del “mysterium iniquitatis”, al que san Pablo se refiere (2 Tes 2, 3-12) y que dificulta la posibilidad de nuestra salvación.

Nuestra doctrina se hace incierta, oscurecida por las mismas tinieblas que rodean al demonio. Pero nuestra curiosidad, movida por la certeza de su múltiple existencia, viene legitimada por dos preguntas. ¿Hay signos –y cuáles son- de la presencia de la acción diabólica? ¿Y cuáles son los medios de defensa contra este insidioso peligro?

## PRESENCIA DE LA ACCIÓN DEL MALIGNO

La respuesta a la primera pregunta impone mucha cautela, incluso aunque los signos del maligno parecen hoy tan evidentes (Cf. Tertuliano. Apología 23) Podremos suponer su siniestra acción allí donde la negación de Dios es radical, sutil y absurda; donde la mentira es hipócrita a la vez que potente, donde se opone a una verdad evidente; donde el amor está apagado por un egoísmo frío y cruel; Allí donde el nombre

de Cristo es rechazado con odio consciente y rebelde. (Cf. 1 Cor 16, 22; 12, 3) Allí donde el Espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido, donde la desesperación se afirma como la última palabra, etc. Pero es un diagnóstico demasiado general y difícil, que no osamos ahora profundizar y verificar, lo que no resta nada al dramatismo de la cuestión, a la cual también la literatura moderna ha dedicado páginas famosas (La obra de Bernanos estudiada por Moeller: "Literatura del siglo XX" vol I, pg 397 ss. También "el rostro del mal en Bernanos" de P. Macchi. Sobre Satanás, "Estudios carmelitanos" Desclee de Brower 1948) El problema del mal permanece como uno de los más grandes y permanentes para el espíritu humano, también después de la respuesta victoriosa que nos da Jesucristo. "Nosotros sabemos –escribe el evangelista san Juan- que somos (hemos nacido) de Dios, y que todo el mundo está puesto bajo el poder del maligno" (1 Jn 5, 19)

## LA DEFENSA DEL CRISTIANO

A la otra pregunta, ¿cuál es la defensa, el remedio a la acción del Demonio?, la respuesta es más fácil de formular, aunque permanezca difícil de llevarse a cabo. Podríamos decir: todo aquello que nos defiende del pecado nos previene a la vez del enemigo invisible. La gracia es la defensa decisiva. La inocencia asume entonces un aspecto de fortaleza. Además todos recordamos cómo la pedagogía apostólica ha utilizado frecuentemente la armadura de un soldado para simbolizar las virtudes que pueden hacer invulnerable al cristiano (Cf. Rom 13, 1-2; Ef 6, 11, 14, 17; 1 Tes 5, 8) El cristiano debe ser militante; debe ser vigilante y fuerte (1 Pe 5, 8) y debe también recurrir a la práctica ascética para alejar ciertas incursiones del diablo. Jesús nos lo enseña indicando el remedio en "la oración y el ayuno" (Mc 9, 29) Y el Apóstol sugiere la línea maestra que debe ser observada: "No os dejéis vencer por el mal, antes bien venced el mal con el bien" (Rom 12, 21; Mt 13, 29)

Consciente, por tanto, de las presentes adversidades con las que se encuentran hoy las almas, la Iglesia y el mundo, trataremos de dar sentido y eficacia a la conocida invocación presente en nuestra oración principal: "Padre nuestro... ¡líbranos del mal!"

Recibid también nuestra bendición apostólica.